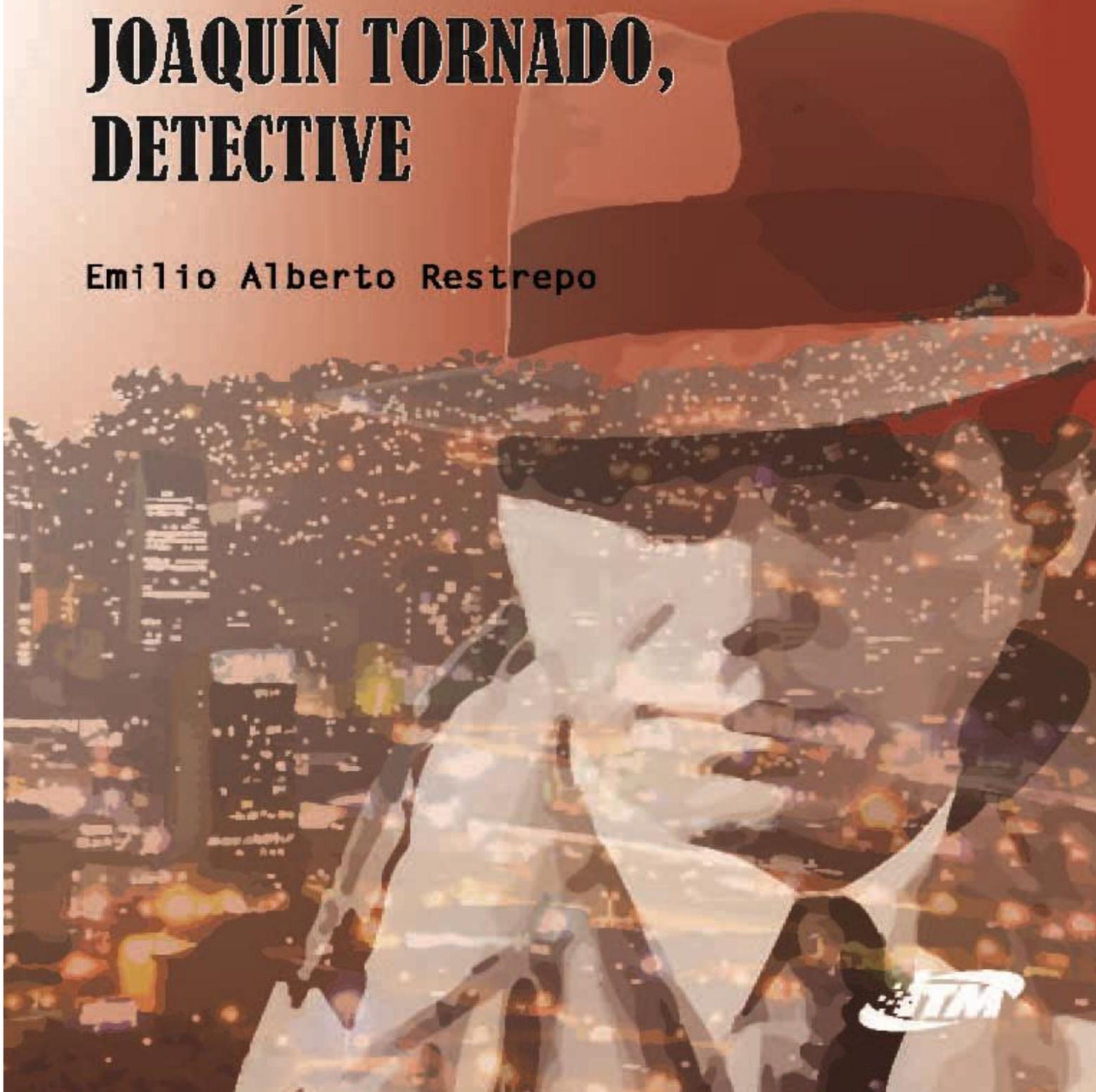


UN ASUNTO MICCIONAL Y OTROS CASOS DE JOAQUÍN TORNADO, DETECTIVE

Emilio Alberto Restrepo



ITM

**UN ASUNTO MICCIONAL
Y OTROS CASOS DE
JOAQUÍN TORNADO,
DETECTIVE**

Emilio Alberto Restrepo

Restrepo, Emilio Alberto

Un asunto miccional y otros casos de Joaquín Tornado, detective / Emilio Alberto Restrepo. -- 1a ed. -- Medellín: Fondo Editorial ITM, 2013.

106 p. -- (Textos urbanos)

ISBN 978-958-8743-33-2

1. Cuentos colombianos 2. Literatura colombiana I. Título (serie)
863 SCDD Ed.21

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Fondo Editorial ITM

UN ASUNTO MICCIONAL Y OTROS CASOS
DE JOAQUÍN TORNADO, DETECTIVE

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

© EMILIO ALBERTO RESTREPO

Primera edición: julio de 2013

ISBN: 978-958-8743-33-2

Hechos todos los depósitos legales

Rectora

LUZ MARIELA SORZA ZAPATA

Editora

SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ

Corrección de estilo

LILA MARÍA CORTÉS FONNEGRA

Secretaría Técnica

VIVIANA DÍAZ

Diseño y diagramación

ALFONSO TOBÓN

Impresión

EDICIONES DIARIO ACTUAL

Hecho en Medellín, Colombia

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

Calle 73 No. 76A 354

Tel.: 4405197

<http://fondoeditorial.itm.edu.co/>

www.itm.edu.co

Medellín – Colombia

Las opiniones originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

CONTENIDO

Un asunto miccional	13
Un encuentro	23
Tornado y los donceles	25
Una cierta clase de amor.....	43
Aparición	63
Tornado y el obregón	65

PRESENTACIÓN

En la literatura policíaca clásica, y en una de sus variantes más contemporáneas, la «Novela Negra» o novela de crímenes, por definición, ocurre un ilícito que da origen al planteamiento del problema que relata el hilo conductor de la historia (una muerte no esclarecida que se presume asesinato, un aparente suicidio, un robo, una desaparición, etcétera). Alguien se tiene que encargar de la investigación para tratar de resolver el enigma planteado, a través del acopio de una serie de pistas, de interrogatorios a los testigos, o a los sospechosos; de estudiar los antecedentes o las posibles motivaciones, o de indagar sobre el escenario de los acontecimientos. Casi nunca es grato ni es fácil y es una labor que recae en alguien que desde el principio está tan poco enterado de los detalles como el lector que acomete el texto. Es así como aparece la figura del sabueso, casi siempre un detective -oficial o privado, profesional o aficionado- que sigue el rastro para dar con la resolución del asunto. La literatura y el cine son testigos de la profusión de personajes que con más o menos acierto han liderado la lucha contra el delito.

En el modelo clásico, es muy clara la diferencia entre el bien y el mal, la caracterización pulcra de personajes intachables e infalibles que dotados de una mente privilegiada y de un olfato

que a manera de un sexto sentido o de un «tercer ojo», les permite llegar a una «verdad total», que no acepta medias tintas ni cabos sueltos. En el modelo más contemporáneo que surge con los pioneros del *Noir*, no son tan definidos los límites, y la escala de matices impide que las cosas se radicalicen a blanco o negro sin permitir opciones intermedias. Es por esto que los detectives que surgen luego de la primera mitad del siglo veinte son más humanos, más «sucios», menos impecables y no tienen miedo en cruzar líneas que para sus pioneros eran impensables.

Es en ese punto donde se enmarca la figura de Joaquín Tornado, detective privado tercermundista que interactúa en una ciudad llena de contrastes, acosado de inseguridades y vacilaciones, acorralado por la corrupción y la maldad. Lejos de ser transparente e infalible, tropieza y se cuestiona. Sabe que si le toca aliarse con el demonio para lograr un cometido, debe hacerlo. Tiene claro que el enemigo es invisible y que acecha a la vuelta de cada esquina, y que no va a tener miramientos a la hora de lograr sus propósitos, que sus derechos no valen un peso a la hora de ser invocados y que si se descuida, su rival va a disparar primero. Es más versado en alcantarillas que en filosofía, conoce más de recovecos y calles mal iluminadas que de bellas artes, y a la hora de tomar decisiones es más pragmático que sentimental. Su asunto es la supervivencia, la investigación es su profesión, y sabe que si lo contratan, tiene que mostrar resultados a cualquier precio.

Por todos esos aspectos le ha tocado hundirse hasta el cuello, muchas veces a costa de poner en riesgo su pellejo, en situaciones que el ciudadano de a pie desconoce o se niega a reconocer: prostitución de alta y baja categoría, comercio sexual de adolescentes (tanto masculinos como femeninos), red de pederastas, la industria de la pornografía (incluido el cine *snuff*), el tráfico de arte y las falsificaciones, la mafia de las apuestas legales e ilegales, el lado oscuro de los deportes, los

chanchullos y negocios torcidos de las aseguradoras, crímenes por compasión y por supuesto el timo nuestro de cada día. Ah, y no puede faltar el seguimiento a parejas infieles, socios ventajosos o empleados desleales; las interceptaciones, las pesquisas, en fin, todos los gajes del oficio.

Por eso Tornado llegó para quedarse. Ese es su plan. En este primer volumen se recogen varios de sus casos cortos, a manera de abrebocas para presentarlo en sociedad, muy a su pesar, pues es claro que prefiere pasar desapercibido, camuflado entre las sombras de una ciudad que lleva pegada a la piel y a sus sentidos. Pero el bajo mundo no descansa y Tornado lo sabe. Por eso está ahí, expectante, esperando su próximo movimiento.

★
UN
ASUNTO
MICCIONAL

Una llamada sacudió la rutina de un junio cualquiera derretido por la sequía. Las señoritas Abigail y Constanza Buriticá querían contratar a Joaquín Tornado para que investigara la muerte de su hermano Alirio, un policía jubilado que apareció muerto en el barrio La Villa del Aburrá, a son de nada, al parecer en un supuesto atraco callejero, pero sin que le faltara ninguna de sus pertenencias. Los pocos testigos fragmentarios –una vecina, el señor de la tienda– vieron una moto que se acercó, dos tipos encima de ella, al parecer un intercambio de balazos, un cuerpo inerte en el suelo, unos sujetos en fuga. En ese punto se hizo el nudo y la investigación oficial no avanzó para ninguna parte. Nada de indicios, nadie daba razones ni motivos. El hecho se volvió tan solo una anécdota barrial sostenida en un punto ciego poco menos que indescifrable. Deseaban saber si había algo oculto tras aquel asunto. Algo no estaba claro y estaban seguras de que era lo que su hermano hubiera esperado de ellas.

Tornado concertó la cita, aceptó el encargo, hizo los acuerdos pertinentes con las hermanas, aclaró sus condiciones, empezó a averiguar y en los primeros días no descubrió nada relevante relacionado con el caso de don Alirio; le llamó la atención,

eso sí, que siendo tradicionalmente un barrio tranquilo, en los últimos seis meses hubieran sido asesinados doce taxistas adscritos al sector, aunque no necesariamente dentro de sus límites geográficos.

Lo raro es que todos ellos tenían registrado el acopio en La Villa del Aburrá, es decir, estacionaban sus carros en los parqueaderos de la empresa, y en un orden establecido, esperaban que les fueran asignados pasajeros. Varios de los muertos eran reinsertados de los grupos paramilitares que se habían acogido a los acuerdos con el gobierno, otros tenían antecedentes penales o carcelarios y algunos figuraban como groseros o intolerantes, con reportes disciplinarios y quejas frecuentes de los usuarios. Era llamativo, pero ninguno estaba exento de algún rasgo de patanería. Ninguno era lo que se considera un ciudadano ejemplar sin tacha alguna.

De todas maneras los taxistas como gremio nunca han sido propiamente unas *peritas en dulce*, pero parece que en los últimos tiempos se estaban concentrando de forma llamativa hordas de guaches y atarvanes. También es cierto que la cantidad de vehículos de servicio público se había multiplicado en forma exagerada y es claro que las condiciones para ser taxista no son muy estrictas, no hay requisitos, no se exige estudio alguno y la mayoría lo hacen por descarte o porque no consiguen ninguna otra forma de ganarse la vida. Al mismo tiempo, están rodando todo el día en círculos alrededor de unas calles atiborradas de tráfico, derretidas por el calor y empañadas por la hostilidad de una ciudad cruel que no da tregua y desconoce la compasión.

En las primeras indagaciones descubrió que el muerto tenía en su computador personal una carpeta llena de fotos del barrio, tomadas tanto de día como de noche, con personas orinando en plena calle o fumando un cigarrillo grueso más parecido a

un porro de marihuana que a uno normal, o en actitudes de encuentros cercanos de tipo corporal realizados al parecer de prisa con toda clase de personas de ambos sexos, dudosa reputación y peor facha.

Igualmente, se enteró de que seis meses antes de morir asesinado, al occiso le habían diagnosticado un cáncer en el pulmón. Eso lo confirmó la autopsia, que dictaminó que ya tenía metástasis en muchas partes. Por su edad y por lo que había visto en los antecedentes de su familia, decidió que no se iba a dejar operar ni hacer tratamientos heroicos que le dañaran su calidad de vida, con muy pocas garantías a cambio de tanto sufrimiento. Con una resignación total, sus hermanas respetaron la decisión, sabiendo de antemano que nada de lo que dijeran la iba a cambiar. Harto sabían de la tozudez y del carácter recalcitrante de su hermanito menor, suboficial retirado luego de muchos años de una milicia que rayaba con el fanatismo, que había moldeado de una vez y para siempre todas y cada una de las células de su cuerpo y su mente.

A Tornado le llamó la atención que una vecina, la señora Carmen, fue la única testigo directa del hecho; en su declaración contó que llegó al sitio del atentado después de que se dio el enfrentamiento con los asesinos. Supuestamente ella vio las cosas desde su balcón y bajó de inmediato a tratar de socorrerlo cuando se presentaron los acontecimientos. Según pudo constatar Tornado, sus datos no aportaron mucho como testimonio a la investigación y en el velorio estaba inconsolable, mucho más allá de lo que se podría esperar de un vecino normal sin otros vínculos aparentes. De todas formas, insistió en hablar con ella, pero no pudo obtener otros datos de importancia.

Al salir al balcón durante la entrevista, fue notorio para él que la visual era la misma que aparecía en las fotos que había visto

en el computador de don Alirio, como si hubieran sido tomadas desde allí. Y en esa calle, en ese bloque de apartamentos, desde ningún otro balcón se obtenía esa perspectiva. Eso le llamó la atención, y más aún, teniendo en cuenta que el apartamento de él era un interior, de primer piso y sin mirador.

Por otro lado logró saber, conversando en la tienda del barrio -la usual, la de la cuadra, la de la esquina-, que unos meses atrás don Alirio había confrontado a unos taxistas que se orinaban en plena vía pública, en el parquecito contiguo frente a la cancha y que ellos habían insultado a unas viejitas cuando les hicieron el reclamo. Era claro que habían sido desobligantes y que utilizaron palabras desproporcionadas para la magnitud de la queja. Hacía mucho que en el barrio no se escuchaban tantos oprobios de ese calibre de obscenidad juntos. Lo enfrentaron y le gritaron, entre otras cosas, que dejara de ser metido y le recordaron muy claramente que “los sapos mueren estriparados”.

A Tornado le pareció desde el primer momento que había una conexión evidente, incluso no muy compleja de descifrar: Ocurre el incidente de los conductores que orinan y hacen groserías y cosas inadecuadas en plena calle y el respectivo enfrentamiento de don Alirio con ellos; aparecen en sus archivos cientos de fotos documentando sus acciones, tomadas desde la perspectiva del balcón de doña Carmen, infiriéndose la necesaria permisividad de ella para la realización de las tomas. Fuera de eso, ella era la única testigo presencial, y su reacción ante la muerte denotaba un profundo dolor personal. Todas las líneas de acción y deducción cruzaban por ella. Y por las buenas, no soltaba nada que contribuyera a esclarecer los hechos.

Era hora de presionar un poco, apretarle el cuello para ver si soltaba la lengua, pero sin ahorcarla ni espantarla, pues en

estricto derecho, ella podría negarse: era una investigación privada, de carácter no oficial.

—¿De quién fue la idea de las fotos, doña Carmen. De usted o de don Alirio? -disparó de una Tornado, apareciéndose en casa de ella sin haber concertado una cita previa.

—No entiendo. ¿A qué se refiere? ¿Qué fotos dice?

—Vamos, señora. Tengo un álbum completo de rufianes barrigones con aspecto de apaches orinando en todas las poses y desde todos los ángulos, fumando e inhalando cualquier cantidad de porquerías y haciendo todo tipo de malabarismos. Hacía tiempo no veía tantos miembros viriles juntos en galería, pero observados desde la distancia de su balcón. Si no fuera por la pinta de los tipos y su desaliño, pensaría que en este balcón se paraba una persona medio pervertida y voyerista que se regocijaba en contemplarle la rutina al degenerar de los taxistas. Pero ni hay regocijo, ni los tipos son ni mucho menos modelos dignos de admirar. Además, estoy seguro de que usted no es de ese tipo de personas, ¿verdad doña Carmen? Lo miró imperturbable. Era blanquísima, tenía el rostro poblado de arrugas que denotaban una viudez triste y un cabello mal teñido de color morado que dejaba adivinar un cierto descuido con una mal asumida conformidad.

—¿Es así de evidente, señor Tornado?

—Si se sabe mirar, las cosas llevan a su cauce natural, doña Carmen. Es mejor que conversemos. Es más fácil si usted me cuenta todo; nos podríamos evitar muchos dolores de cabeza. Tenga en cuenta que si abrimos una investigación formal, la policía no va a venir con delicadezas ni consideraciones. Mire que estamos hablando de varios conductores asesinados y de la muerte de don Alirio. Y todos tienen algo que ver con él, con el barrio y con los problemas que enfrentó con ellos. Usted y su

balcón y las fotos son el elemento común. No es difícil trazar una línea de corte en ese sentido. Y usted sabe de qué estoy hablando.

En este punto su argumento era carrasposo pero contundente. La voz arenosa de Tornado no daba opciones. Doña Carmen bajó los ojos, acercó una silla al borde del balcón, se sentó. Con la mirada le insinuó a Tornado que hiciera lo mismo y comenzó a hablar con un dejo tranquilo, impersonal, completamente desprovisto de emociones. Sabía desde siempre que todas las historias, por secretas que sean, tienen su momento de verdad y que para la suya se había cerrado el círculo. El detective, en silencio, se acercó y supo que era el momento de escucharla.

Los acontecimientos que Tornado había recopilado en forma desordenada sobre el crimen de don Alirio, ahora tomaban cuerpo. Después del primer enfrentamiento y del maltrato a las señoras del grupo de gimnasia de la tercera edad, había quedado insatisfecho y ofendido. La queja que en su momento elevó al comando de la policía local, fue desdeñada. Le hicieron entender que no iban a armar ni un operativo ni un acordonamiento por unas ancianas que se habían escandalizado por la incontinencia de unos pobres taxistas, que fuera de maleducados, no habían cometido delito alguno. Además, ellos mismos, en momentos de apremio miccional, también habían alguna vez orinado contra un árbol. No se podía tener contento a todo el mundo y menos pararles tantas bolas a unas señoras quejumbrosas que se creían de estrato alto. Estaban curados de melindres y era claro que tenían que orientar su tiempo y sus recursos a otras cosas más apremiantes, en una ciudad sitiada por el delito.

El tipo, desocupado, estimulado por la indignación y con demasiado tiempo libre para maquinarse y actuar, no se quedó contento; empezó a seguirlos, tomaba fotos al escondido con la

evidencia de cada taxista orinando al pie de la placa del carro y las enviaba a los periódicos sensacionalistas y a la empresa. Se lo pillaron más temprano que tarde, pues por plata o por alguna indiscreción o por un simple descuido, alguien lo aventó. Además era raro ver a un señor de edad, armado de cámara y tomando fotos sin ningún disimulo en plena calle o parado en el parquecito a son de nada.

Cuando supieron todo y de dónde salían las acusaciones y las pruebas de exhibicionismo, lo cogieron de sorpresa, lo acorralaron y esta vez no solo lo amenazaron sino que le dieron una paliza entre varios, a mansalva, en situación de indefensión. Le sobraron patadas, golpes e insultos. Estuvo inclusive orinando sangre durante unos días, pero lo asimiló con el silencio de una callada humillación contenida por la prudencia, más que por el miedo.

Él no quiso decirle nada a nadie, incluso a su familia le dijo que había rodado por un barranco golpeándose con unas piedras y unos chamizos. Nadie pareció creerle mucho pero respetaron su mutismo sin espugarlo, todos estaban ocupados en sus propios asuntos y siempre prefirieron no confrontar su mal genio ni su obstinación.

Mientras tanto, él empezó a planear su venganza.

Desde siempre había sabido esperar y era claro que no se iba a quedar quieto. No tenía ya nada que perder. Pensó que a estas alturas del partido, morir por un cáncer que se lo estaba devorando, o en poder de unos mandrines sobre ruedas le daba lo mismo, pero por lo menos tendría movimiento y lucharía por reivindicar con un poco de dignidad sus convicciones.

Empezó a ejecutar su plan. Desde su vida de militar activo no acometía una misión con tanto fervor. La larga jubilación no le había restado ímpetu, por el contrario, descubrió que todos sus

bríos estaban intactos, apenas dormidos por la resignación y el conformismo de una pensión impuesta por la edad del retiro forzoso. Cambiaba su aspecto, se ponía, intercalados, gorros, gafas y hasta barbas y mostachos postizos; anotaba con rigor los números de los taxis que tenía en la mira, hacía la forma de tomar una carrera con ellos, se hacía conducir hasta parajes lejanos en barrios periféricos y allí, cuando se veía solo, se quitaba el disfraz, y ante la sorpresa del conductor de turno, le metía su buen balazo, no sin antes hablarles de sus motivaciones.

Luego del segundo, doña Carmen lo abordó. Lo venía observando oculta desde hacía varios días y le dijo que sabía en lo que andaba. Que ella también había sido humillada por los conductores, que quería participar. Él, callado, no pudo desmentir nada y no tuvo más remedio que aceptar. Por lo demás, no sobraba nunca una mano amiga, luchando unidos por una causa común.

Empezaron a trabajar juntos. Eran una pareja insospechable. Las fotos ganaron en enfoque y en discreción, el ángulo de obturación ofrecía una tribuna inmejorable. Completaron una galería bien surtida de sujetos culpables con sus respectivas placas. Eso exoneraba de posibles injusticias y despejaba dudas.

Así lo hicieron once, tal vez doce veces. En ese punto, el número ya no era importante, el precedente había sido sembrado y se habían tomado los correctivos.

Don Alirio llegaba tranquilo a la casa, satisfecho de su labor. Ella rezaba y se encomendaba, pero en realidad no sentía nada que le remordiera la conciencia o le alborotara las culpas. Un poco drástica la solución, pero obedecía a una motivación sensata, se repetía, y conciliaba con facilidad el sueño hasta el día siguiente. En ocasiones paraban un tiempo, las cosas se tranquilizaban y ellos ni se veían, incluso ni se llamaban.

Las autoridades estaban desconcertadas, nadie lograba hacer ninguna conexión.

Una noche, varias semanas después, don Alirio salió solo, sin doña Carmen. Ella lo miró en silencio desde su balcón; nunca pudo entender por qué lo hizo, si hasta ese día todo había sido perfecto entre ellos, pero respetó su proceder. Se veía flaco y pálido; con paso lento se dirigió al acopio, esperando uno de los que tenía detectados, uno muy esquivo, el que más le gritaba injurias la noche de la garrotera.

Hizo lo de siempre. Lo abordó, lo hizo conducir a un lugar fuera del barrio, esta vez no muy distante. Cuando creyó conveniente, le metió un balazo al conductor. Se bajó del carro. Con tranquilidad, algo rengo, avanzó a una calle principal, tomó otro taxi y se dirigió a su casa.

Era temprano, el comercio aún estaba abierto. Se bajó en un supermercado vecino para comprar algún ajuste. Al salir y cruzar la calle, fue abordado por dos tipos en una moto. Doña Carmen lo vio y lo escuchó todo oculta desde su mirador. Lo amenazaron con un arma y le dijeron que lo tenían pillado, que sabían quién era, que luego del balazo el taxista se hizo el muerto y que tan pronto él se bajó, se comunicó por celular con ellos, que eran amigos del tipo, que les dio sus señas, les dijo cómo estaba vestido y de qué barrio era. Que lo iban a detener para hacerlo confesar y pagar por sus delitos.

Sin mediar palabras, con los últimos reflejos que le quedaban, don Alirio sacó la pistola y les disparó; alcanzó a herir a los dos. Antes de que ellos lo atacaran, pues fueron cogidos por sorpresa y estaban demasiado atolondrados por la respuesta del viejo, don Alirio se disparó él mismo en la sien. Los tipos se asustaron y huyeron. Doña Carmen miraba aterrorizada por el balcón y bajó de inmediato.

Al llegar, don Alirio ya estaba muerto. Ella tomó el arma y se la guardó en su abrigo. Cuando apareció la policía, Ella les dijo que los tipos le dispararon porque él se negó a dejarse atracar. De ellos, ni una palabra, nunca se supo de su paradero. El taxista herido murió dentro del carro, poco después de hacer la llamada de alerta. Nadie cotejó la coincidencia de las balas que mataron en serie a los taxistas y a don Alirio.

Ese día don Alirio había amanecido más triste y derrotado que nunca. Había tenido una tos asfijante y un vómito teñido de un moco con sangre lo había confrontado con el final de su enfermedad, que ya estaba en las últimas. Lo más probable fue que entendió que se estaba quedando sin plazos y sin fuerzas para terminar lo que se había propuesto y que tenía que gastarse los últimos arrestos en finiquitar lo que había comenzado. Siempre se supo que era un hombre obstinado que trataba de no dejar nunca empezadas las tareas que se proponía.

En el parquecito las cosas están un poco más tranquilas. En los últimos tiempos, solamente de vez en cuando algún taxista despistado de otro sector detiene su carro para aliviar sus urgencias urinarias contra el árbol que da a la cancha, o darle una fumada de afán a un cacho de marihuana.

Los conductores propios del acopio ya intuyen que hacer eso puede ser perjudicial para la salud.





UN

ENCUENTRO

No era un fantasma quien surgió entre la niebla, aunque en ese momento lo hubiera preferido. He tenido más respeto por los vivos que por los muertos y esa figura que tenía parada al frente, mirándome con un brillo de odio bajo el sombrero que hacía sombra en su rostro, apuntándome con el frío acero de su pistola, estaba atterradoramente viva.

—Es bueno verte, después de tanto tiempo, Tornado. ¡Reza tus últimas oraciones! ¡Mendoza te envía sus recuerdos!-. Su voz resonaba cavernosa.

Siempre pensé que en esas circunstancias, una calle oscura y la clara amenaza de ganarme un balazo, era mejor disparar primero y preguntar después. Así lo hice.

—¡Canuto, parceró, mi buen amigo Canuto! Siempre fuiste más rápido con las palabras que con las balas. ¡Feliz estadía en el infierno!-. Soplé mi automática que aún despedía un hilo de humo gris con el dulce olor que toma la pólvora cuando da en el blanco.

Diciendo esto, le quité el arma, el maletín y la billetera por si hubiera algo que me pudiera interesar y me fui al centro a buscar a Mendoza.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Emilio Alberto Restrepo Baena, escritor Colombiano nacido en Amagá (Antioquia, Colombia).

Médico, Especialista en Gineco-obstetricia y en Laparoscopia Ginecológica (U.P.B., U. de A., CES, respectivamente). Profesor y conferencista de su especialidad. Autor de cerca de 20 artículos médicos, y corrector de textos académicos de la U. de A. Ha sido colaborador de los periódicos: *La Hoja*, *Cambio*, *El Mundo*, *Momento Médico*, *Odradek* El Cuento, y *Universocentro* en el campo de la crónica urbana y artículos de humor.

Tiene publicados *Textos para pervertir a la juventud*, y las novelas: *Los círculos perpetuos*, *El pabellón de la mandragora*, *La milonga del bandido*, *Qué me queda de ti sino el olvido*, *Crónica de un proceso*, *Después de Isabel*, *el infierno*, y *¿Alguien ha visto el entierro de un chino?* Un cuento suyo, *Un asunto sorprendente*, aparece en el libro «Antología comentada del cuento antioqueño, vol. II», recopilada por el escritor Mario Escobar Velásquez. Ahora comienza la la saga de Joaquín Tornado, detective privado; una colección de cuentos que reúne algunos de sus casos.

Textos
Urbanos

*Este libro se terminó de imprimir en Ediciones Diario Actual,
en el mes de julio de 2013.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 240 gramos,
las páginas interiores en ivory 60 gramos.*

*Las fuentes tipográficas empleadas son Minion Pro Regular para texto corrido
y Bernard Mt Condensed Regular para títulos.*